

hundirse en la nada es hundirse en el fondo secreto de lo divino. La gran nada es Dios. La nada pura es el poema. Abandonarse a la nada es la salida del infierno de la temporalidad.

*Sin embargo,
alguien en la oscuridad
estuvo en vela
mientras
tú dormías
(....)
De actuar,
no habrías tenido salvación.
¡Nadie hubiera podido con
[fuerza tal!*



La poesía, para Elkin Restrepo, es la nada dicha, enunciada o postulada. Su *indecibilidad* misma está sugerida, pronunciada o dicha en el espacio vacío, en el blanco de la página, en ese silencio total esculpido en el vacío de la hoja o del día:

Blanco sobre blanco.

*Un blanco angélico,
venido de no se sabe dónde,
que anunciaba el límite de lo
[demás.*

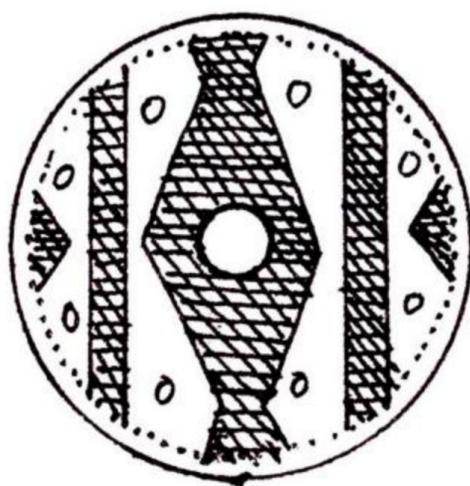
*Lo vi abrazarse
a un almendro cercano*

*y devorar sus hojas
hasta dejarlo sin forma.*

En este proyecto poético el objeto y el mensaje son borrados —al modo zen— o enteramente transformados en una ilimitada superficie de sugerencias que van y vienen y acaban por movilizar la imaginación del lector.

Las metáforas y las aproximaciones sugestivas se encienden, una después de otra, por un momento permanecen visibles en el aire y luego desaparecen de nuevo en la noche de lo indistinto sin dejar tras de sí ni la más mínima huella. No hay que abolir la realidad —parece explicarnos el poeta—; todo lo contrario, hay que preservar las alegrías simples, las cosas que parecen insignificantes pero que son esenciales en la vida.

No es necesario pasar del jardín para vislumbrar que allí mismo gravita lo sagrado, que una flor ya contiene el oscuro enigma. A la pregun-



ta ¿Qué es la iluminación?, el poeta responde con otra pregunta: ¿La iluminación es la unión con uno mismo? ¿La unión con el otro? ¿La unión con el interior de todo?

JORGE H. CADAVID

Bitácora de la diáspora

Inventario a contraluz. Antología de una nueva poesía colombiana
Selección, prólogo y notas de Federico Díaz-Granados
Arango Editores, Bogotá, 2001,
440 págs.

Por razones que no haría falta descifrar, la palabra y la existencia de los poetas recogidos por Díaz-Granados en *Inventario a contraluz*

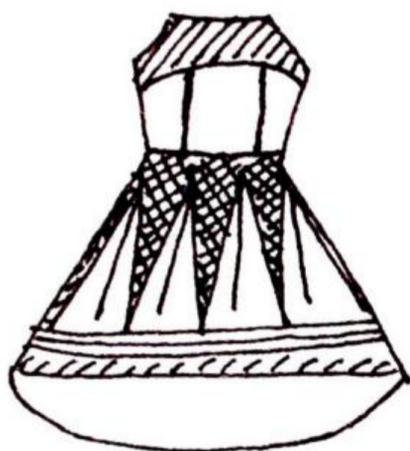
se encuentran sometidas a una realidad violentada, incongruente, cuya ironía, falsedad o anacronismo aparecen revestidos de múltiples maneras en la nueva lírica colombiana. “En un raptó de optimismo —afirma Felipe Agudelo— uno podría considerar alentador que en los tiempos que corren, rodeados de asesinos y autómatas, un nutrido grupo de jóvenes opte con rigor por un oficio que, pese a sus abismos, es insustituible a la hora de construir un país habitable, sacrificándose en los implacables talleres del lenguaje”¹.

El raptó de optimismo aumenta —según Agudelo—, cuando pensamos en los escasos lectores de poesía en nuestro país, esos ‘elegidos o condenados’ que no asisten a los cocteles, lecturas de poemas o recitales masivos y que, más allá del espectáculo socioliterario, son capaces de enfrentarse a las palabras del poeta en la silenciosa soledad de la lectura (aquellos a quienes recurre el poema para sobrevivir). También resulta alentador que bajo el sello de Arango Editores aparezca *Inventario a contraluz*, el último panorama de la nueva poesía colombiana. Arango Editores es una de las pocas editoriales que aún se arriesgan a la publicación de un “género amenazado con el destierro y castigado por la mediocridad de los dioses del mercado”.

Inventario a contraluz marca un hito en nuestra historia literaria, en primer lugar por lo temprano que ensaya un corte generacional que se va tornando más y más verosímil, pese a tratarse en su mayoría de *obras en progreso*; en segundo lugar, porque ya se vislumbra a comienzos de este siglo una voz poética múltiple y troncal, con una deliberada indefinición (diversidad de tonos y acentos); y, en tercer lugar, por la seguridad con que el antólogo detecta y revela ciertos nombres —en ocasiones con sólo libros inéditos— en lo que Federico Díaz-Granados llama “una poética de la intuición”.

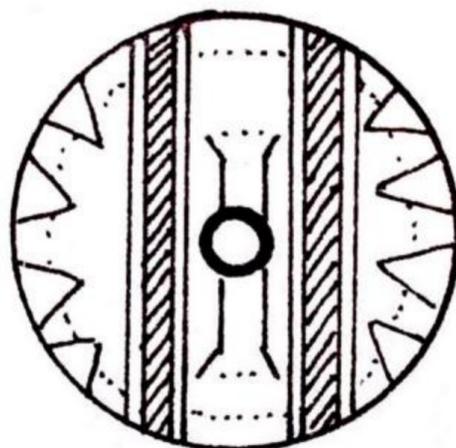
“¿Cómo detectar a los jóvenes poetas, a los que no se confunden con los jóvenes de antes pero que ya

pueden insertarse, por el carácter de su obra, en un nuevo panorama y unas nuevas tendencias, sin caer en el facilismo de la cronología?”, pregunta el crítico Óscar Torres en sus *Notas marginales en torno a una nueva poesía colombiana*². La respuesta se esboza como una serie de cánones sueltos desde el mismo prólogo de la antología, titulado “Última promoción de poesía colombiana, un inventario a contraluz”:



1. Son poetas que rinden homenaje a los maestros de las generaciones precedentes (Mito, Piedra y Cielo, nadaísmo, Generación sin Nombre), en tiempos donde al unísono se habla de *parricidio*.
2. No plantean una ruptura con sus antecesores, sino que, por el contrario, los asimilan y realizan una lectura crítica de sus obras.
3. Son voces plurales, en las que la experimentación e innovación se ligan a la tradición: *tradición de la ruptura*.
4. No existe una voluntad de grupo, generación o movimiento, sino que conscientemente encuentran en la diversidad una configuración de mundos.
5. Son autores que reflexionan sobre la poesía dentro de la poesía misma.
6. Su actitud crítica se refleja en una desconfianza ante el lenguaje y cierta tentación por el silencio.
7. Tienden a una eliminación de nexos sintácticos, a una destrucción del discurso lineal así como a una ruptura del “yo poético”.

8. Gustan del empleo de metáforas herméticas, de difícil interpretación, con cierta oscuridad deliberada.
9. Entienden la poesía como un palimpsesto. Relacionan cada discurso con los precedentes, llegando hasta la parodia, el *collage* o el pastiche.
10. Limando las aristas políticas, estos jóvenes poetas siguen siendo disidentes a su manera, en es-



- pecial de toda deshumanización, venga de donde venga.
11. Hallan en la presencia desoladora de la poesía conversacional y coloquial una música sombría, que no otorga optimismos.
 12. Sus posiciones ideo-estéticas aparecen catalizadas por el humor y la ironía. Creen en el desprestigio de toda utopía (religiosa, política, filosófica, científica).
- Inventario a contraluz* registra el nacimiento de una nueva hornada poética posterior a la Generación sin Nombre o Desencantada. Estos jóvenes escritores son los encargados de hacer el relevo generacional en un siglo que comienza, son el río del mañana, la nueva agua de Colombia. Federico Díaz-Granados se dio a la tarea de presentar este heterogéneo grupo de cuarenta y tres autores nacidos a partir de 1960. *Inventario a contraluz* está dividido en dos partes: *Acta de los adioses* (nacidos entre 1960 y 1969) y *Oscuro es el canto de la lluvia* (que reúne a los nacidos en los años setenta, de acuerdo con el título de la primera edición de ese libro aparecido en 1997).

El punto de intersección entre la Generación Desencantada y los autores, nacidos desde 1960, presentes en esta antología, son los poetas nacidos en los años cincuenta, quienes, según el antólogo, “encajan estética y éticamente en este libro pero cronológicamente no” y a quienes vale la pena mencionar por la importancia de sus oficios y de sus obras dentro del parnaso nacional: Robinson Quintero Ossa (1959), Orlando Gallo (1959), Álvaro Marín (1958), Gustavo Adolfo Garcés (1958), Juan Carlos Galeano (1958), Armando Rodríguez Ballesteros (1958), Víctor López Rache (1958), Luis Fernando Baquero (1957), Fernando Herrera (1957), Alberto Vélez (1957), Fernando Linero (1956), Gabriel Jaime Franco (1956), Rómulo Bustos (1954), entre otros. Al parecer, Fernando Herrera será el encargado de antologar este nutrido grupo de poetas nacidos en los años cincuenta en un libro de próxima aparición.

Para armar este “fantasmagórico mapa literario en un país que perdió su brújula”, el antólogo ha tenido que recurrir a tres fuentes:

- a) Las antologías (véanse: *Disidencia en el limbo*, de Juan Manuel Roca (1982); *Tambor en la sombra*, de Henry Luque (1986); *Panorama inédito*, de Santiago Mutis (1986); *Postal de fin de siglo*, de Armando Rodríguez (1995) y la *Antología de la poesía colombiana*, de Rogelio Echavarría (1997).
- b) Los concursos (Premio Nacional Colcultura, Universidad de Antioquia, Fernando Mejía y Mejía, Ciudad de Bogotá, Universidad del Quindío, Rafael Maya).
- c) Y las revistas (Golpe de Dados, Deshora, Ulrika, Prometeo, Puesto de Combate, Luna Nueva, Ophelia, Aleph).

“Es un hecho—afirma Óscar Torres—que es fácil reconocer el ‘círculo’ que gravita sobre cada una de estas publicaciones, pero eso es mejor a que no haya ningún otro espacio para la publicación de los poemas, en un país donde, de cualquier modo, son verdaderamente escasos los espacios

para la publicación de poesía". Después de la desaparición de las colecciones Simón y Lola Guberek, Magisterio-Ulrika y Norma, sólo la Universidad de Antioquia persiste en su gestión de divulgación, y no ha surgido otra que la reemplace.



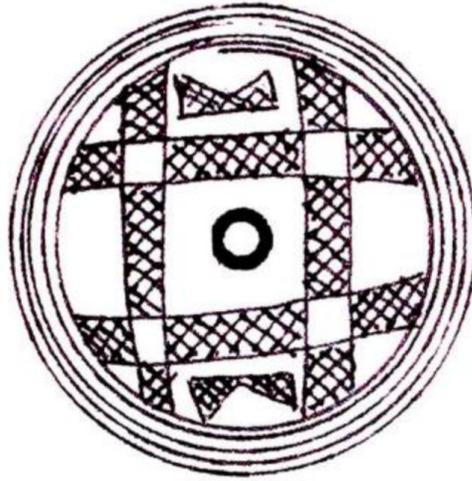
Pero la poesía colombiana sí se ha estado renovando. Bajo la sombra de ciertas luminarias (Piedad Bonnett, Santiago Mutis, Raúl Gómez Jattin y William Ospina —“zar declarado y proclamado de la nueva poesía colombiana”—), otra poesía se estaba cristalizando. Cinco corrientes dominantes se advierten en este nuevo *inventario*: la primera y más notoria es la tendencia crítica y autoirónica, en la cual el verbo descarnado y el desenfadado expresivo orientan su mirar hacia lo interior, busca al hombre escindido y anónimo de la ciudad, los espacios urbanos y la enajenación del cuerpo. En esta línea de acción cabe mencionar especialmente las poetas de *Oscuro es el canto de la lluvia*: Liliana Moreno (1974), Eva Durán (1976), Andrea Bulla (1976) y Andrea Cote (1981).

No salvar el mundo
No buscar más allá de la piel
No atravesar la noche
No cruzar la calle
No cerrar los ojos
No abrir las piernas
SICARIOS EN LA VÍA

Eva Durán

La segunda línea expresiva en este *Inventario* la constituyen los poetas de *talante clásico*. Poetas que, según el crítico Óscar Torres, “asimilan sus

propios modelos, pero dentro del vasto y muy suyo panorama de la poesía universal” (*La poesía como idilio*, 1992). Clásica, aquí, puede entenderse como ‘esteticista’. Se ubican en esta corriente: Miguel Ángel López (Vito Apüshana [1964], cuyas raíces se reconocen en la tradición



épica guajira), Luis Mizar Mestre (1962), Hugo Chaparro Valderrama (1961) y Ramón Cote Baraibar (1963), el poeta más antologado y más internacional de los incluidos en este *Inventario*.

WAYÜU

Yo nací en una tierra luminosa
Yo vivo entre luces, aun en las
[noches.
Yo soy la luz de un sueño
[antepasado.
Busco en el brillo de las aguas,
[mi sed.
Yo soy la vida, hoy.
Yo soy la calma de mi abuelo
[Anapure,
que murió sonriente...
Vito Apüshana

La tercera vertiente es la barroca, donde el reino de la imagen prolifera aun a riesgo de caer en el retoricismo vacío, en una estilística de símiles y retruécanos. En este apartado incluyo a: Juan Felipe Robledo (1968), de reciente reconocimiento gracias al premio Jaime Sabines de México; Gabriel Arturo Castro (1962); Joaquín Mattos Omar (1960); Carlos Alberto Troncoso (1962), y Luis Eduardo Rendón (1972). La sombra de Juan Manuel Roca ha ejercido un “indisimulable sortilegio” en este grupo de escritores.

NOS DEBEMOS AL ALBA
Traicionar las palabras,
canjear su peso, su color,
en el sucio mercado de los días
es acto que nos llena de muerte
y ceniza y vago afán.
Ha de ser castigado
con el hierro, la soledad,
el tedio y la miseria
[...]

Juan Felipe Robledo

La cuarta tendencia que se deja apreciar en la antología de Díaz-Granados es la de carácter prosaico y narrativo. Cierta obsesión por la cotidianidad lleva a estos poetas hasta los límites de la prosa, con un lenguaje escueto, de corte coloquial (este giro prosaico se presta para “sutilezas críticas”). Aquí ubico a escritores como Óscar Torres (1963), Ricardo Silva (1973) y Carlos Patiño Millán (1961).

LAS PALOMAS DEL
HOSPITAL BULOVKA

Bohumil Hrabal falleció en

[Praga a los 82 años

Estaba dando de comer a las

[palomas

En el alféizar de una ventana

[del quinto piso del hospital

Cuando perdió el equilibrio y

[cayó

El médico excluyó la

[posibilidad del suicidio

Pues el escritor se sentía bien

[desde hace

algunos días

Carlos Patiño Millán

En el quinto y último conjunto agrupo a los poetas que intentan solucionar el poema mediante un discurso de corte filosófico. La imagen poética sirve aquí para comunicar, argumentando, la percepción que subyace tras las apariencias sensibles. En esta corriente de *extrañamiento fenomenológico*, a veces metafísico o incluso místico, se reconocen poetas como Pascual Gaviria (1972), Sandra Uribe Pérez (1972), Jorge Mario Echeverry (1963) y Felipe García Quintero (1973), ganador de varios premios internacionales, entre ellos el Pablo Neruda en Chile.

LA MANTARRAYA
 ¿Proviene de las mantarrayas
 [los pájaros?
 ¿De aquellas criaturas
 [cartilaginosas?: Peces aún:
 señores de los abismos,
 [aprendices del vértigo.

¿Cómo se respira por vez
 [primera? ¿Lo recuerdas?
 ¡Ah, polvo de estrellas!

¿Qué descubriste al salir que te
 [dio plumas?
 Jorge Mario Echeverry

“Toda antología es parcial y en ocasiones arbitraria”, afirma el mismo Díaz-Granados. En este ejercicio de desmitologar el “juicio final antológico”, convirtiéndolo en “buen juicio dialogante” (conversación abierta y sin fin), pienso en varios nombres excluidos en el presente *Inventario* que atisbo a contraluz. Poetas como Gustavo Tatis Guerra (1961), Rafael del Castillo (1962), Mario Jursich Durán (1963), Samuel Serrano (1964), Campo Ricardo Burgos (1966), Gloria Posada (1967) y Héctor Ignacio Rodríguez (1963-1997) quedan como vacíos en este mapa imaginario. También, como una venganza de la diáspora contra todo ordenamiento antológico, encuentro una serie de erratas que se le escaparon a Arango, imperdonables en un proyecto tan ambicioso y serio como el de Federico Díaz-Granados.

Inventario a contraluz aparece, pues, como un mapa transitorio de navegación, una “relectura” inteligente que renueva y afirma la sensibilidad poética del público lector. Muestra cómo cada época tiene sus propios valores estéticos y cómo la percepción colectiva produce nuevos nombres y cancela otros. La antología de Díaz-Granados deja ver que en nuestros días no hay solamente de dónde escoger sino que definitivamente existe un abrumador y significativo exceso de poetas. Poetas heterogéneos, poetas promedio (‘clase media poética’) que escriben correcta, pulcra y decorosamente en medio de la zozobra y la incertidumbre. Aldo Pellegrini dice

que la mayoría de las antologías configuran un cementerio; para el caso colombiano la metáfora del camposanto es perfecta. Pensemos en cuántos poetas de esta ‘clase media poética’ sobrevivirán al tiempo y cuántos resucitarán como Lázaro, “dando forma a todo lo borrado”.

JORGE H. CADAVID

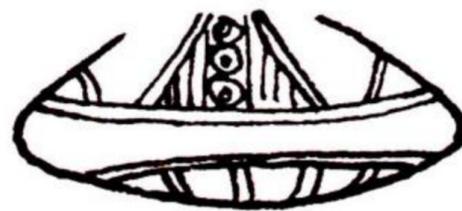
1. Felipe Agudelo, “Los frutos de los nuevos poetas”, en *El Tiempo*, 20 de mayo de 2001.
2. Óscar Torres, ponencia presentada en Seattle (Washington), mayo de 1998.

Discurso metafísico implicado, simultáneamente, en una exigencia moral y conceptual

Para otras voces

Álvaro Rodríguez Torres
 Editorial Norma, Bogotá, 1999,
 54 págs.

La experiencia poética de Álvaro Rodríguez es realmente singular dentro de la poesía colombiana actual. Cada libro suyo señala la dirección decidida e inalterable que ha adoptado esta escritura: ejercicio unitario que desarrolla un discurso metafísico implicado, simultáneamente, en una exigencia moral y conceptual. Esta insólita aventura supone un sereno enfrentamiento con la palabra y el poema.



Sólo en esa *intuición del instante* donde la razón encuentra sus límites, el poeta puede aspirar a volver visible el espacio que rodea a las palabras; es decir, el silencio. Entre el silencio y la palabra, como uniendo a los dos, está el mundo poético de Álvaro Rodríguez (Zipaquirá, 1942), un mundo hecho de indicios verbales y ademanes apenas perceptibles.

La palabra en Álvaro Rodríguez, para ser escuchada, necesita dejar a su alrededor gestos y silencios. Ellos aseguran la continuidad del sentido a través de la discontinuidad sonora del lenguaje. Sílabas, preposiciones, versos, no se individualizarían si no fueran destacados por los espacios mudos y las actitudes gestuales que, cual puntos de respiración, dan a la palabra su vitalidad.

En *Para otras voces* (1999), último itinerario poético de Álvaro Rodríguez, la palabra dice y calla a la vez. El poeta intenta no herir las cosas con su denominación. “El silencio de esta hora / todavía no es todo el silencio; / acaso venga con la noche, / milenaria y sonámbula. / Callo, he callado / huyendo de mis palabras: / *Me callo, porque no sé cuál es mi secreto*” (*La privilegiada intuición del silencio I*).

Al margen, y en el umbral del discurso, se encuentra esta poética privilegiada, resuelta en continuos paréntesis, comentarios entre líneas, sutiles antítesis, juegos apócrifos, profanaciones del significado; es decir, el poema enfrentado a su propio vacío. Estas experiencias límite de la nada y la ausencia, definirán su poesía. Partiendo de una mirada aséptica, desnuda de todo condicionamiento y toda circunstancia, la travesía del ojo se resumirá en una abstracción esencial.

